

Mujeres en tiempos oscuros

Alicja Gescinska

An extract pp 11-15

Original title Vrouwen in duistere tijden
Publisher De Bezige Bij, 2025

Translation Dutch into Spanish
Translator Gonzalo Fernández Gómez

© Alicja Gescinska/Gonzalo Fernández Gómez/De Bezige Bij/Flanders Literature – this text cannot be copied nor made public by means of (digital) print, copy, internet or in any other way without prior consent from the rights holders.

p 11-15

Preámbulo

Lo he dicho en otras ocasiones y es algo que no puedo cambiar: soy una mujer del siglo XX. Pero no sólo por el hecho de que naciera en ese siglo, sino, sobre todo, porque el edificio de mi pensamiento ha ido creciendo sobre los cimientos sentados por autores y pensadores que vivieron y reflexionaron en ese periodo de la historia. Para saber quiénes somos, es esencial saber de dónde venimos, lo cual vale tanto para cada uno de nosotros individualmente como para el conjunto de la sociedad.

Y el lugar del que procedemos todos, queramos o no, es un siglo al que muchas veces se alude, no sin motivos, como el más sangriento de la historia, reputación forjada en gran medida con las dos guerras mundiales y la aparición del totalitarismo y todos sus ismos correspondientes: comunismo, fascismo y nazismo. Podría objetarse que en todos los siglos hubo conflictos armados con infinidad de víctimas mortales y territorios anexionados con uso de violencia, pero tampoco puede negarse que el sistematismo de las masacres, los métodos industriales aplicados para la exterminación de grupos enteros de seres humanos y la escala igualmente industrial en que se ejecutaron dichos métodos son exclusivos del siglo XX.

¿Cómo pudo llegar la cosa tan lejos? Muchas son las teorías elaboradas y los análisis planteados para dar respuesta a esa pregunta, pero, en última instancia, el mal cometido en el siglo XX sigue siendo tan escurridizo como incomprensible. ¿Cómo pudo descarrilar el ser humano hasta el punto de concebir todo tipo de campos de concentración —desde campos de reeducación, castigo y trabajos forzados hasta, finalmente, campos de exterminación—, y no sólo concebirlos sino llegar a ponerlos en práctica? ¿Cómo pudo descarrilar el ser humano para que, incluso sin esos campos, murieran millones de personas en masacres, ejecuciones en masa y genocidios? Hay quien afirma que no debemos llamar descarrilamientos a esos hechos, pues el término «descarrilamiento» parece sugerir que semejante barbarie no es propia del ser humano, sino que se trata de una anomalía, algo antinatural en la historia de la humanidad.

Pero si el mal es una cualidad intrínseca del ser humano, lo mismo se puede decir del bien. Y justo de eso trata este libro, un texto planteado como una denuncia del mal y una oda al bien del que es capaz el ser humano. En 1968, Hannah Arendt publicó *Men in Dark Times*, una colección de diez semblanzas de personas a quienes admiraba por ser fuentes de luz y esperanza en tiempos de oscuridad y

desesperación. *Men in Dark Times* es en realidad una recopilación de ensayos y artículos que escribió Arendt en distintos momentos y con distintos objetivos. Los textos difieren en forma, extensión, tono y estilo, pero Arendt expresa en todos ellos su admiración por alguien que alumbraba a los demás con su luz y nunca se dejó seducir por el mal. El término *men* del título remite tanto a hombres como a mujeres, aunque en el libro sólo aparezcan dos mujeres frente a un total de ocho hombres.

En *Mujeres en tiempos oscuros* esbozo la vida y obra de diez mujeres dignas de admiración. Y digo dignas de admiración porque todas ellas miraron al mal a los ojos y tuvieron el coraje de mantenerse firmes en sus convicciones, y todas ellas le plantaron cara al totalitarismo, tanto de palabra como de obra. Huelga decir que, con ello, este libro no ofrece una lista exhaustiva de mujeres ejemplares capaces de servir de guía moral e intelectual en nuestro tiempo. Ningún libro podrá nunca hacer justicia a todas las mujeres que han soportado con coraje la opresión del totalitarismo. Y, obviamente, la lista de pensadoras que me han inspirado y merecen mi elogio es mucho más larga.

El hecho de que las protagonistas del libro sean estas diez mujeres, y no otras, responde a dos criterios de selección. En primer lugar, y por encima de todo, se trata de mujeres increíblemente valientes que mostraron una gran conciencia política y compromiso social en la lucha contra los cantos de sirena y el afán destructivo del totalitarismo, no sólo con su pensamiento, sino también con sus actos. Y, en segundo lugar, se trata de mujeres que han contribuido, y siguen contribuyendo, a ensanchar y darle mayor profundidad a mi pensamiento. A todas las considero interlocutoras personales, y siempre vuelvo a sus escritos para entablar el diálogo interior que constituye la esencia del trabajo intelectual. A veces estoy de acuerdo con lo que dicen, pero no siempre. En el diálogo filosófico, sin embargo, no se trata de tener razón. Lo importante es la búsqueda común de ideas que nos ayuden a comprender el mundo.

Le llamará la atención al lector que estas diez mujeres tienen gran cantidad de cosas en común, pero en muchos aspectos son diferentes. Tienen distintos convencimientos y proceden de entornos socioeconómicos diversos, ocupan posiciones distintas en el espectro político y sus ideas no caben en el común denominador de una única escuela filosófica, ideología o cultura. Y esa diversidad no es casual. La búsqueda filosófica sólo tiene sentido cuando observamos el mundo desde distintas perspectivas. Es una falacia pensar que sólo podemos valorar de forma positiva a aquellos pensadores cuyo pensamiento confirma nuestras propias ideas. No, los buenos filósofos son precisamente aquellos que nos obligan a mirar más allá de nuestros propios marcos conceptuales. Las ideas que permiten avanzar en la comprensión de un asunto sólo pueden proceder de una pluralidad de visiones, en el debate con aquellos que piensan de forma distinta a nosotros. La auténtica filosofía consiste en ampliar el horizonte del propio pensamiento.

No obstante, a pesar de sus diferencias, las diez mujeres protagonistas del libro también comparten algunas características fundamentales. Cada capítulo está vinculado a un aspecto esencial de la pensadora en cuestión, lo cual no quiere decir que sea ese el único aspecto importante de su pensamiento o que no comparta otras ideas con las demás pensadoras. Lo que las une, en primer lugar, es el hecho de ser mujeres y la determinación que mostraron para mantenerse firmes en un mundo dominado por hombres. Pero también las une, por ejemplo, su enorme sentido de la realidad y la responsabilidad, el hecho de que todas sentían un compromiso personal con el sufrimiento ajeno —el cual percibían como una llamada a su sentido de la moral—, su amor a la literatura y el arte, en los que resuena el amor a la humanidad, y el modo en que sus trayectorias vitales dan testimonio del valor de la amistad como puerto seguro y necesario en el proceloso mar de la vida.

Lo que también comparten estas diez mujeres, por desgracia, es la falta de atención crónica que sufren sus legados intelectuales, lo cual es incuestionable incluso en los casos de Luxemburgo, Arendt y Weil, cuyas obras han despertado mucho interés los últimos años. Se mire como se mire, no se puede negar que el canon de la filosofía occidental y la historia cultural occidental es territorio netamente masculino. Cuando alguien hace esa afirmación, sin embargo, muchos se apresuran a responder con el cliché de que, a fin de cuentas, antes había muchas menos mujeres que escribían y se dedicaban a tareas intelectuales, excusa con la que se suele legitimar el hecho de que sigan predominando las voces masculinas en los ámbitos de la filosofía, la historia cultural y las ciencias humanas. Durante mis estudios de filosofía, hace ya unos veinte años, no recibí una sola clase sobre las protagonistas de este libro. A lo largo de toda la carrera sólo vi a una catedrática ponerse al frente de la clase. Todos los demás integrantes del cuerpo docente eran hombres. Y cuando yo misma di clase en la universidad e incorporé a mi material de estudio la obra de, entre otras, algunas de las mujeres que aparecen en este libro, no fueron pocos los estudiantes que me preguntaron si dar clase sobre todas aquellas filósofas era una forma de reivindicación, a lo que siempre respondía pidiéndoles que se preguntaran primero por qué me hacían esa pregunta. Con el siglo XXI ya tan avanzado, ¿de verdad sigue siendo tan inusual impartir clases sobre mujeres que muchos ven en ello una reivindicación feminista? Plantear esa pregunta es ofrecer ya parte de la respuesta.

Todo esto pueden parecer anécdotas de tiempos pasados —y no tan pasados—, pero es mucho más que eso, pues muestra la falta de reconocimiento estructural de lo que Simone de Beauvoir llamó «el segundo sexo», no sólo en el pasado, sino también en nuestros días. Espero que mi libro contribuya a la revalorización —en algunos casos habría que hablar de «redescubrimiento»— de no sólo la obra de las diez mujeres seleccionadas, sino también de otras muchas. Quien observe la historia con más detenimiento, constatará que la mujer también ha sido siempre un ser pensante. Nosotras, las mujeres, hemos vivido, hemos pensado y hemos escrito. Y nuestras obras merecen mayor atención. Con ello, la humanidad no sólo les haría un favor a las mujeres, sino también a sí misma.

A partir de diez semblanzas, este libro propone un viaje por la Europa del siglo XX y nos pone delante un espejo en el que mirarnos desde nuestro siglo. Estoy absolutamente convencida de que, si dejamos que cale en nosotros una mínima parte del valor espiritual, la altura moral y el compromiso personal de las diez mujeres protagonistas de este libro, estaremos mejor armados para superar los retos del siglo XXI y evitar que se apague la llama de la sensibilidad humana.

*

Además de las diez semblanzas que constituyen la columna vertebral del libro, he añadido tres anexos relativos a otros pensadores que asoman la cabeza en múltiples ocasiones a lo largo del texto, en concreto, Isaiah Berlin, Czesław Miłosz y Leszek Kołakowski (anexo 1), y Max Scheler (anexo 2). Para muchas de las protagonistas del libro, estos pensadores fueron interlocutores personales y compañeros de batalla en el trabajo intelectual. Todos ellos han desempeñado también un papel muy importante en el desarrollo de mi propio pensamiento. Un análisis más detallado de su vida y obra resultará en una mejor comprensión de la vida y obra de las diez mujeres objeto de estudio.

El tema central en la obra de todos ellos se puede resumir en una sola palabra: libertad. Todos ellos pensaron a fondo sobre el concepto de libertad y lucharon apasionadamente por ella. Pensar en términos filosóficos sobre la libertad constituye a veces un reto tan grande como luchar por ella. La

historia de la filosofía constituye un auténtico laberinto de teorías, ideas, opiniones y criterios sobre lo que significa exactamente la «auténtica» libertad y cómo alcanzarla. Para no perdernos en ese monumental laberinto, es esencial familiarizarse primero con las tres grandes formas de libertad: la libertad negativa, la libertad positiva y la libertad republicana (anexo 3).
